

BREVE HISTORIA  
DE  
BABILONIA

Juan Luis Montero Fenollós



*Para Bea y Lucía,  
en recompensa por el tiempo robado.*

# Índice

Prólogo .....	13
Introducción .....	17
Francia y Gran Bretaña a la conquista de Asiria .....	19
Mesopotamia, «el país entre dos ríos» .....	32
Una civilización impresa sobre arcilla .....	41
1. Érase una vez Babilonia .....	49
La arqueología alemana y el sueño babilónico .....	50
Babilonia desde la Primera Guerra Mundial hasta hoy .....	58
Textos para la historia de Babilonia .....	62
Babilonia vista por los clásicos .....	62
Babilonia y la Biblia .....	67
Los textos cuneiformes .....	70
Cronología de una historia compleja .....	74
2. Hammurabi, el engrandecedor del nombre de Babilonia .....	77
Hammurabi, rey amorreo .....	79
Hammurabi, juez y legislador .....	83
¿Código de leyes o testamento político? .....	101

3. Babilonia entre la dominación de kasitas y de asirios .....	107
La dinastía kasita y el club de las grandes potencias internacionales .....	108
Algunas pinceladas sobre la cultura kasita .....	124
La segunda dinastía de isin y la edad oscura babilónica .....	127
Babilonia a la sombra de Asiria .....	131
4. Nabucodonosor II, el último gran rey de Babilonia .....	139
Nabopolasar, fundador de un nuevo imperio .....	141
Nabucodonosor II, retrato de un gran monarca .....	143
Los sucesores de Nabucodonosor II .....	153
Babilonia, capital cultural: una reflexión .....	161
5. La ciudad de Babilonia: centro del universo .....	165
Las murallas .....	168
El puente .....	171
Las puertas y calles .....	172
Los palacios .....	178
Los jardines colgantes .....	183
El centro religioso: el esagil y el etemenanki .....	189
6. La torre de Babel entre la historia y el mito .....	197
La Torre de Babel: un zigurat mesopotámico .....	199
Etemenanki versus Torre de Babel .....	204
La altura y los accesos .....	205
El templo de la cima .....	215
Nueva propuesta de reconstrucción del zigurat de Babilonia .....	216

7. Marduk, el nuevo soberano de los dioses .....	221
Marduk y <i>El Poema babilónico</i> <i>de la Creación</i> .....	229
La fiesta del año nuevo en Babilonia .....	234
8. El final de Babilonia .....	243
Ciro y la conquista de Babilonia .....	244
Alejandro Magno y Babilonia: el encuentro de occidente y oriente .....	251
Los últimos días de Babilonia .....	257
Anexos .....	261
Cronología .....	263
Glosario .....	267
Bibliografía .....	281

# Prólogo

¡Babilonia! ¡No hay como oír el nombre de esta prestigiosa capital del país mesopotámico para sentir un gran soplo de historia! Primera megalópolis conocida, tan alabada como deshonrada en la Biblia, y objeto de fascinación para los griegos, y en particular para Alejandro Magno, que ambicionaba convertirla en la capital universal del imperio que estaba construyendo desde Grecia hasta el Indo sobre las ruinas de las ambiciones de asirios, babilonios y persas. Babilonia es el único –y último– gran testigo, en la memoria occidental, de una historia milenaria, de la que emergían algunos nombres que se relacionaban con los orígenes del mundo y los inicios de la humanidad. Su nombre ha estado rodeado de un misterio profundo en el que la leyenda y el mito han triunfado sobre la historia. El recuerdo de Babilonia nos ha llegado a través de la Biblia y de los autores clásicos, pero ¿no hay en su mensaje una cierta traición histórica?

A partir de la Edad Media y Moderna, el mundo occidental —en su búsqueda del conocimiento y en su descubrimiento progresivo del mundo y de las rutas para encontrar las especias y el oro, obra de atrevidos viajeros y exploradores—, halló en Oriente unos pocos restos de monumentos aún en pie y algunos documentos, de arcilla o de piedra, provistos de unos signos extraños que le hicieron soñar. Las preguntas enraizaron finalmente en un vasto movimiento intelectual de búsqueda de los orígenes, en primer lugar de Occidente, a través de los restos materiales y los monumentos que aún subsistían en las ciudades europeas. Este movimiento se extendió posteriormente a otros mundos y a un pasado mucho más lejano. Y fue así como en el siglo XIX, las colinas desoladas de Mesopotamia, que los árabes llaman tell y que encierran las ruinas de antiguas instalaciones humanas, comenzaron a ser el objeto de aquellas exploraciones destinadas a extraer de la tierra los testimonios de un pasado remoto.

Curiosamente, no fue Babilonia, a pesar de su fama, la que atrajo a los primeros arqueólogos, sino Asiria, donde una de sus capitales, Nínive, rivalizaba en notoriedad con Babilonia. Los descubrimientos fueron tan ricos en el llamado «triángulo asirio», junto al Tigris, que durante cerca de sesenta años concentraron toda la atención de las excavaciones. Por el contrario, las primeras tentativas de investigación en Babilonia no hacían vislumbrar una recolección de obras de arte tan bella. Fue necesario esperar a los deseos imperiales de Alemania para que una acción de envergadura se pusiera en marcha en Babilonia. Esta duraría dieciocho años ininterrumpidos, a partir del 1899, y mostraría al mundo los principales monumentos y la organización urbana de una gran capital de la Antigüedad oriental.

Juan Luis Montero Fenollós, investigador iniciado en la arqueología de Oriente Próximo a través del estudio de uno de los grandes descubrimientos de esta civilización –la metalurgia–, quedó atrapado rápidamente por el encanto de uno de los grandes enigmas de la capital babilónica, la legendaria Torre de Babel transmitida por la Biblia y convertida en símbolo de la desmesura y de la locura de los hombres. Sin embargo, como arqueólogo e historiador, ha sido la realidad histórica, y no el mito, lo que él ha buscado detrás de los vestigios materiales y de los textos antiguos. Su inquietud intelectual le ha llevado a sobrepasar el simple estudio del célebre monumento babilónico para interesarse por el conjunto de la documentación de los zigurats, esas enormes torres escalonadas tan características de las ciudades mesopotámicas. Sus estudios han renovado completamente nuestro conocimiento sobre este tipo de construcciones. Y es ahora, con este libro, cuando nos ofrece una evocación de conjunto de la prestigiosa Babilonia, de su historia, de sus monumentos y del papel que esta desempeña aún en nuestro imaginario. Sin duda, gracias al profesor Juan Luis Montero Fenollós, Babilonia regresa al presente no para «perturbar toda la tierra», como afirmó el profeta Jeremías (51, 7), sino para mostrarnos toda su grandeza histórica.

**Jean-Claude Margueron**

Antiguo director de las excavaciones  
arqueológicas francesas en Mari, Emar,  
Ugarit (Siria) y Larsa (Irak)



# Introducción

El amante de la Historia conocerá, sin duda, nombres como los de Cleopatra, Pericles, Aníbal o Augusto. Son personajes históricos que nos conducen directamente a algunas de las civilizaciones más importantes del mundo antiguo: Egipto, Grecia, Cartago y Roma, respectivamente. La situación cambia drásticamente si los nombres propios evocados son, por ejemplo, los de Sumuabum o Nabonido. Se trata, sin embargo, de dos importantes monarcas de la historia de la antigua Mesopotamia. El primero fue nada menos que el rey fundador, hacia el 1894 a. C., de la primera dinastía babilónica, mientras que el segundo fue el último monarca de Babilonia, antes de la conquista de la ciudad por los persas en el año 539 antes de Cristo.

Es evidente que existe un preocupante desconocimiento entre el gran público de lo que fue y de lo que significó realmente el Imperio de Babilonia en el marco de la Historia Antigua universal. Esta discriminación de lo babilónico se hace palpable incluso en un arte tan



Fotograma de *Intolerancia* (1916), película inspirada en gran medida en la antigua Babilonia. Los personajes, sin embargo, aparecen ataviados al más puro estilo asirio. Hacía ya diecisiete años que los arqueólogos alemanes estaban excavando en Babilonia.

universal como el del cine y su particular visión del mundo antiguo. *Sinuhé el egipcio*, *Tierra de faraones*, *Cleopatra*, *La momia*, etc. son algunos ejemplos de los numerosos largometrajes que, con mayor o menor acierto, han contribuido a la divulgación del Egipto faraónico. Por el contrario, la presencia de Babilonia en el séptimo arte es mínima en comparación con la de otros imperios antiguos. Una excepción es la película *Intolerancia* del estadounidense David Griffith, quien en 1916 creó uno de los decorados históricos más elaborados y espectaculares del cine mudo, recreando con cierta fantasía parte de la ciudad de Babilonia. Esta exclusión de lo mesopotámico (Súmer, Acad, Asiria y Babilonia) se da incluso, y de forma incomprensible, en el ámbito académico, pues en la universidad española los estudios sobre las antiguas civilizaciones mesopotámicas son absolutamente minoritarios en comparación con otros países europeos de nuestro entorno (como Francia, Alemania o Reino Unido).

Con el objetivo de acabar con esta injustificable laguna, el lector podrá descubrir en las próximas páginas la verdadera importancia de la apasionante y compleja historia de Babilonia, a través de una visión renovada y alejada de mitificaciones.

## FRANCIA Y GRAN BRETAÑA A LA CONQUISTA DE ASIRIA

Europa siempre ha guardado un recuerdo, a través de la tradición bíblica, de sus raíces orientales y de que la historia, con Adán al frente, había comenzado en el occidente de Asia. Sin embargo, habrá que esperar a que los primeros viajeros y eruditos europeos se desplacen hasta Oriente para conocer de primera

mano los testimonios de los lejanos orígenes de nuestra propia civilización.

Desde el siglo XIX la pasión de los arqueólogos por el país delimitado entre los ríos Tigris y Éufrates no ha disminuido un ápice, a pesar de los tiempos convulsos que en los últimos años ha vivido la región que hoy se corresponde con el moderno Irak y parte de Siria. Hasta las primeras excavaciones, a partir de 1842, la principal fuente de información sobre las antiguas civilizaciones mesopotámicas (Asiria y Babilonia) eran la Biblia y los relatos de los geógrafos e historiadores griegos y romanos.

La lectura de los textos grecorromanos, y en particular del Antiguo Testamento, inspiró a muchos viajeros europeos, que desde los inicios de la Edad Media se desplazaron a Oriente Próximo para visitar los lugares donde se habían gestado algunos de los episodios de la historia bíblica. Es el caso de la ciudad sumeria de Ur, que el libro del Génesis identifica como la patria originaria de Abraham hasta su peregrinación a la Tierra Prometida, o del zigurat de Babilonia al que el mismo libro bíblico bautiza con el nombre de Torre de Babel. Estos primeros aventureros europeos de las épocas medieval y moderna eran religiosos, militares, comerciantes, médicos o diplomáticos que por su trabajo se habían desplazado hasta Oriente. A pesar de las distintas motivaciones de sus viajes, casi todos ellos mostraron gran interés en la búsqueda de evidencias tangibles sobre los orígenes remotos del cristianismo. Soñaban con ver con sus propios ojos los escenarios de Tierra Santa en los que habían vivido los protagonistas de las Sagradas Escrituras: Abraham, Isaac, Jacob, etc.

Entre los siglos XII y XIX nos encontramos con numerosos viajeros europeos, que muestran diversos grados de interés por el descubrimiento del antiguo

Oriente. Tres lugares van a centrar su atención: Babilonia y la Torre de Babel; Nínive, la capital de los asirios; y, por último, Persépolis, la gran capital de la dinastía persa aqueménida. El primer viajero del que tenemos constancia escrita es Benjamín de Tudela, un rabino oriundo de Navarra que entre los años 1165 y 1170 realizó un largo periplo por Siria, Mesopotamia y Egipto. Resultado de esta experiencia personal es su *Libro de viajes*, en el que nos suministra algunos datos de interés para la arqueología. En los siglos siguientes, se sucederán numerosos europeos que, con mayor o menor acierto, nos transmitirán su particular visión de los monumentos en ruinas de las antiguas civilizaciones de Oriente, siempre marcada por un halo romántico y legendario.

Pero si se quería progresar en el conocimiento de las civilizaciones mesopotámicas era necesario pasar a una nueva etapa en la exploración, pues las descripciones de las ruinas visibles en superficie habían agotado sus posibilidades. Había que empezar a excavar en las viejas colinas de tierra que jalonaban las riberas de los ríos Tigris y Éufrates. Tan trascendental avance para la arqueología de Mesopotamia tuvo lugar en diciembre de 1842, pero no fructificó hasta tres meses más tarde. Fue en marzo de 1843 cuando el cónsul francés Paul-Émile Botta dio un paso de gigante para el descubrimiento de las civilizaciones mesopotámicas en una colina llamada Horsabad, cerca de Mosul, en el norte del actual Irak. Tras siglos de olvido, el diplomático francés había sacado a la luz espectaculares obras de un arte hasta entonces nunca visto: grandes toros alados e inmensos relieves de piedra. Botta había resucitado una civilización, la de los asirios, conocida hasta ese momento únicamente por la Biblia y los autores clásicos. Consciente de la importancia de los hallazgos, el propio descubridor

escribió lo siguiente: «Yo he tenido la primera revelación de un nuevo mundo de antigüedades».

Tan importante descubrimiento será apoyado por París mediante el envío de fondos, que servirán para intensificar los trabajos con la contratación de cientos de obreros locales para las tareas de desescombro. El ritmo fue frenético y el volumen de hallazgos espectacular. Sin embargo, Botta tuvo que negociar duramente con el gobernador turco de la región (era la época de Imperio Otomano) para obtener el permiso necesario y poder excavar. Mehmed Pachá, que así se llamaba el gobernador en cuestión, llegó a amenazar y torturar a los hombres contratados para cavar en la colina de Horsabad, con la sorprendente justificación de que Botta quería despertar a demonios y monstruos de piedra procedentes del Infierno. Eran los tiempos de la arqueología épica. A pesar de las dificultades, el cónsul francés excavó durante más de un año de forma ininterrumpida entre las ruinas del palacio del rey asirio Sargón II (721-705 antes de Cristo).

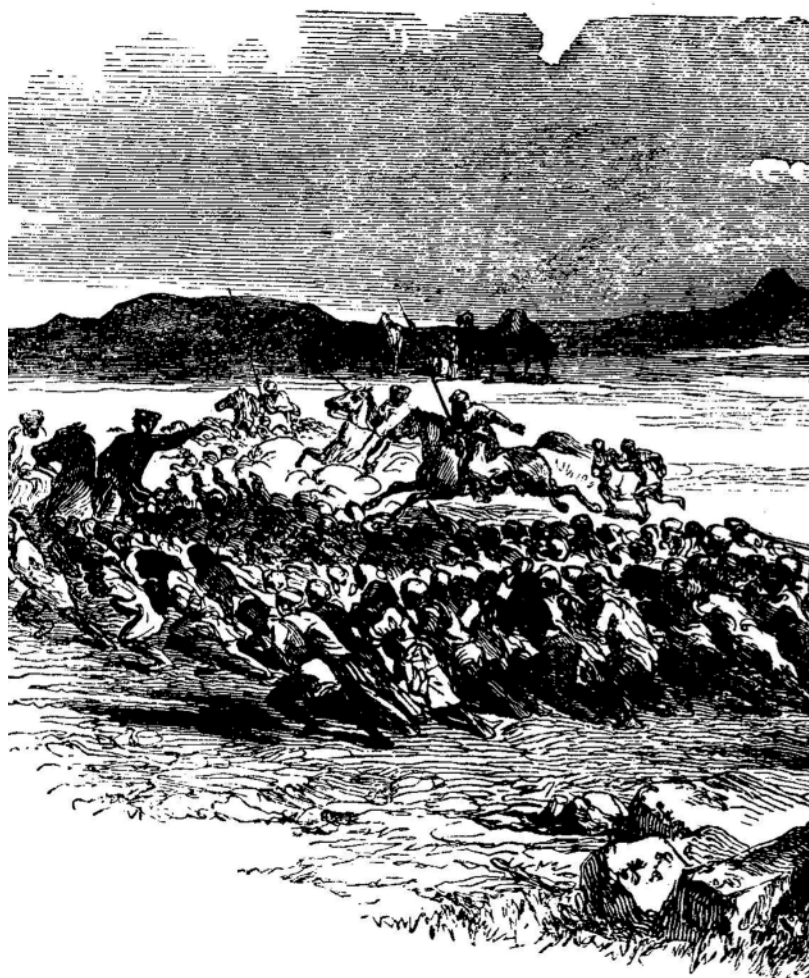
Dado el evidente interés histórico de sus hallazgos, Botta envió a su país algunas de las obras de arte asiria descubiertas en sus trabajos. A tal fin, organizó una compleja empresa para transportar por tierra estos tesoros, algunos de varias toneladas de peso, en grandes carros tirados por hombres. El objetivo era alcanzar las aguas del Tigris, descender en balsas hasta la ciudad de Basora y embarcar allí la carga hasta su destino final. En febrero de 1847, y tras una larga travesía esta llegó a París por el Sena. En mayo de ese mismo año, el rey Luis Felipe inauguraba en el Museo del Louvre las primeras salas dedicadas por una institución europea al Imperio Asirio y, por tanto, a la historia de las civilizaciones mesopotámicas. Al contemplar estos



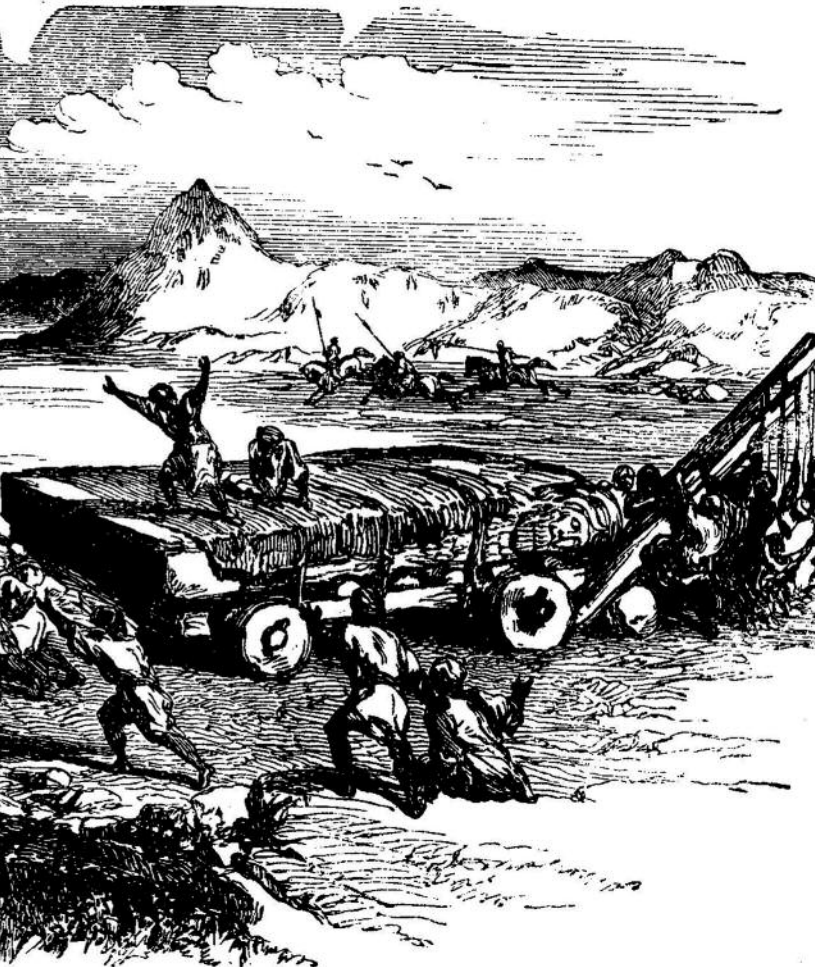
Dibujo de un toro alado de Horsabad, la antigua ciudad asiria de Dur-Sharrukin, de Eugène Flandin, arquitecto francés que colaboró con Botta en sus excavaciones en el norte del actual Irak.

tesoros antiguos, algunos llegaron a exclamar: «¡La Biblia tenía razón!».

Los trabajos continuaron bajo el gobierno de Napoleón III, entre 1852 y 1854, dirigidos por Victor Place, el sucesor de Botta en el consulado francés de Mosul. Durante sus excavaciones en Horsabad, Place hizo gala de ciertas inquietudes metodológicas, ya que introdujo por primera vez el uso de la fotografía como técnica para documentar los trabajos arqueológicos.







El traslado desde Nimrud hasta el río Tigris de las obras de arte asirio para su posterior envío a Londres fue una operación de gran envergadura.

Las tareas se concentraron en la excavación del palacio, de la muralla y del zigurat de la antigua Dur-Sharrukin, la ciudad diseñada por el monarca asirio Sargón II. Los hallazgos fueron numerosos, pero la mayor parte de ellos conoció un trágico final en su transporte hacia París. El 21 de mayo de 1855 las ocho balsas cargadas por Place con tesoros asirios, entre ellos dos enormes toros alados, se hundieron en el Tigris al ser asaltadas por bandidos de la región. En el ataque, gran parte de la documentación y de las cajas cargadas con obras se perdieron bajo las aguas del río.

El valor histórico de estos descubrimientos de Francia no pasó desapercibido en Gran Bretaña. Bien al contrario. Los británicos no querían quedar a la zaga en la carrera por descubrir lo mejor de las civilizaciones mesopotámicas presentes en la Biblia. La rivalidad entre Francia y Gran Bretaña por controlar los principales yacimientos arqueológicos de la región alcanzó su punto álgido a mediados del siglo XIX. La respuesta británica llegó de la mano del diplomático Henry Layard, que en 1845 empezó a excavar en Nimrud, la antigua capital asiria de Calah, en el curso del Tigris. El éxito fue inmediato. Con la ayuda de un cristiano caldeo oriundo de Mosul, Hormuzd Rassam, sacó a la luz parte de los tesoros artísticos del palacio del rey asirio Assur-nasir-pal II (883-859 a. C.), entre ellos, numerosos bajorrelieves y varios toros alados. Dos años después de los primeros descubrimientos, Layard organizó un convoy con destino al Museo Británico de Londres.

La actividad arqueológica inglesa en el país de los asirios se extendió en 1849 a la colina de Kuyunyik, donde Layard localizó finalmente las ruinas de Nínive, la gran capital del Imperio de Asiria, tomada y saqueada en el año 612 a. C. por una coalición encabezada por Babilonia. Ayudado por Rassam sacó a la luz el llamado «palacio

sin rival» del rey Senaquerib (704-681 a. C). En poco más de un mes de trabajo, descubrió numerosas tablillas cuneiformes, toros alados y relieves con escenas de guerra, que pasarían a formar parte de la colección de Próximo Oriente Antiguo del Museo Británico. En 1851, Layard abandonó la arqueología en Mesopotamia para dedicarse de lleno a su carrera política.

La exhibición en Londres de las obras de arte asirias recuperadas en Nimrud y Kuyunyik tuvo un hondo impacto en la sociedad británica de mediados del siglo XIX. El descubrimiento de Nínive, descrita en el libro de Jonás como «ciudad grande sobremanera, de tres días de recorrido», causó una profunda impresión entre los estudiosos de la Biblia, ya que abría nuevas y desconocidas perspectivas sobre las estrechas relaciones entre la historia de Asiria y la historia bíblica.

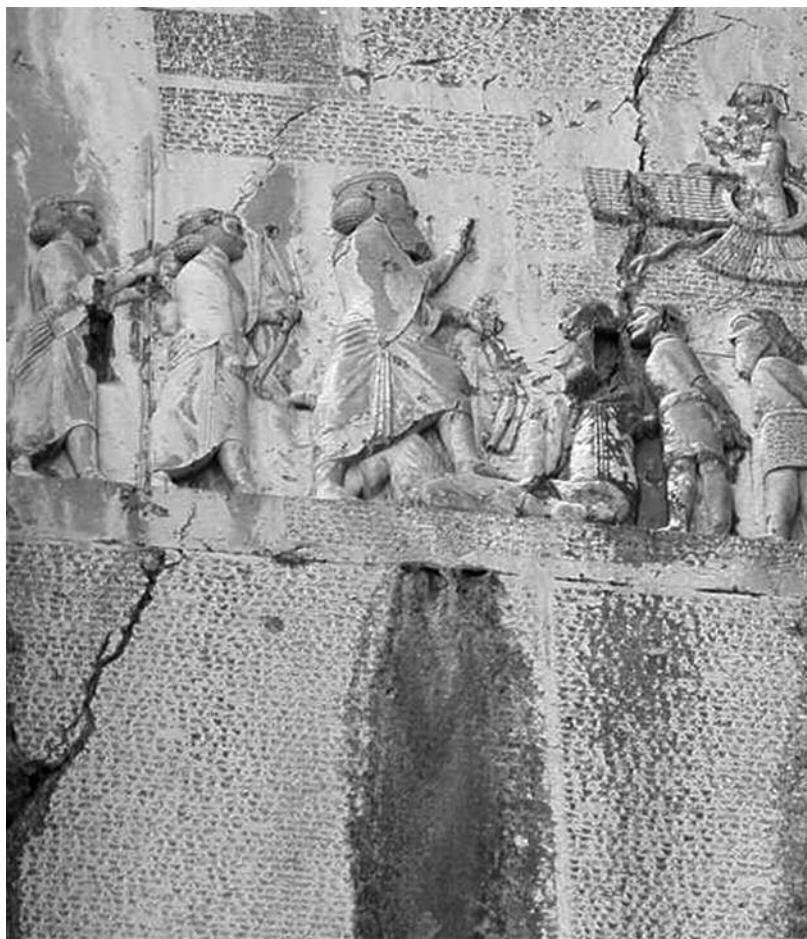
Tras la marcha de Layard, la arqueología británica en Mesopotamia quedó en manos de sus colaboradores: el coronel Henry Rawlinson, que practicó una «rivalidad cortés» con sus colegas franceses, y Rassam, cuyo trabajo estuvo marcado por sus controvertidos métodos. La rivalidad franco-británica llegó a su punto culminante a la hora de establecer los derechos de excavación sobre los principales yacimientos de la región de Mosul. El caso más difícil fue el de Kuyunyik, la antigua Nínive, donde se llegó a la solución salomónica de dividir el yacimiento en dos sectores. A Francia le correspondería la parte norte, quedando el resto en manos de Gran Bretaña. Sin embargo, esta solución no fue del agrado de Rassam, que tenía la firme convicción de que en el sector bajo control francés se escondían los tesoros más importantes de la ciudad. Así, en diciembre de 1853, obviando completamente el acuerdo, el asistente de Layard comenzó a excavar de forma clandestina en la parte francesa. Allí se tropezó con el palacio y

la biblioteca del rey Asurbanipal (668-627 a. C). Para no ser descubierto, Rassam trabajó de noche y utilizó un sistema de galerías subterráneas que le permitía llegar hasta el sector norte de Nínive. Este expolio originó un conflicto diplomático entre ambos países, que se resolvió devolviendo algunos de los tesoros descubiertos con un método tan poco ortodoxo.

De forma progresiva, París y Londres se vieron inundados de tesoros asirios. Pese a ello, el conocimiento de este imperio mesopotámico era todavía incompleto, pues el significado de su escritura aún era un misterio. Esta fue bautizada con el nombre de cuneiforme, del latín *cuneus* ('cuña' o 'clavo'), por los eruditos occidentales, perplejos ante tan extraños signos. El primer gran avance serio en el proceso de traducción del cuneiforme fue obra del filólogo alemán Georg Grotefend, que en 1802 presentó ante la Academia de Ciencias de Gotinga los primeros resultados del desciframiento del persa antiguo, escrito en signos cuneiformes, de las inscripciones reales de Persépolis, en Irán. El impulso final sería obra de Henry Rawlinson, que entre 1835 y 1851, infatigable y tenaz, se entregó con pasión al estudio de la inscripción rupestre trilingüe (en persa antiguo, elamita y acadio) del rey persa Darío (521-486 a. C.), grabada en el acantilado rocoso de Behistun, en Irán. Para ello, no dudó en escalar y en trabajar suspendido de una cuerda a gran altura para poder copiar las inscripciones. La principal dificultad que hubo de superar fue que, a diferencia de Egipto, no existía una «Piedra Rosetta mesopotámica», con una escritura conocida (como el alfabeto griego), que sirviera para descifrar el cuneiforme, lo que sí ocurrió con la escritura jeroglífica. A pesar de ello, Rawlinson conseguirá leer el persa antiguo (lengua indoeuropea), que finalmente será la clave para descifrar el cuneiforme mesopotámico.

En 1857 el proceso de traducción llegó a su punto clave. La Real Sociedad Asiática de Londres convocó a cuatro sabios para que realizaran la traducción de un texto inédito del rey asirio Tiglatpilésér I (1114-1076 a. C.) que permitiera tener la certeza de que la escritura cuneiforme de los asirios había sido descifrada. En este apasionante reto intelectual participaron el orientalista de origen alemán Jules Oppert, el militar anglo-británico Henry Rawlinson, el pionero de la fotografía William Talbot y el pastor irlandés Edward Hincks, que fueron conminados a enviar su traducción en un sobre sellado. Las cuatro versiones eran lo suficientemente próximas entre sí para satisfacer a la comisión evaluadora. La lengua acadia utilizada por los asirios podía considerarse descifrada.

A partir de aquí, el rescate de la historia de los asirios de su olvido milenario fue imparable. En 1872, se produjo otro hallazgo excepcional. George Smith, un grabador de billetes convertido en conservador de las tablillas cuneiformes del Museo Británico, encontró entre los miles de textos de arcilla que estaba clasificando un fragmento que le llamó la atención por su contenido. El texto hablaba de un diluvio, cuya descripción tenía claros paralelismos con el descrito en la Biblia. El 3 de diciembre de aquel año, Smith presentó ante la prestigiosa Sociedad de Arqueología Bíblica de Londres su sensacional descubrimiento. Por primera vez en la historia, un relato del libro del Génesis estaba atestado en un contexto no bíblico, esto es, en un documento de arcilla que era presumiblemente más antiguo que el texto del Antiguo Testamento. El impacto de este descubrimiento fue extraordinario, a lo que contribuyó el interés que la prensa dedicó a esta noticia, en particular el *The Daily Telegraph*.





El monumento rupestre de Behistun, en Irán, fue una pieza clave en el proceso de comprensión de la escritura cuneiforme. La gran inscripción y el relieve del rey Darío (521-486 a. C.), situados a una altura de 60 metros, ocupan una superficie de 7 por 18 metros.

La reconstrucción de la historia de Asiria era ya una cuestión imparable. Por el contrario, la resurrección de Babilonia aún tendría que esperar unos años, hasta la entrada en acción, en 1899, de la arqueología alemana.

## MESOPOTAMIA, «EL PAÍS ENTRE DOS RÍOS»

El Tigris y el Éufrates dieron forma al país mesopotámico, uno de los tres grandes dominios irrigados de la Antigüedad junto con el Indo y el Nilo. La originalidad de Mesopotamia es la de tener no uno, sino dos ríos. Ambos cursos fluviales hicieron posible el milagro mesopotámico, del mismo modo que el Nilo lo hizo en Egipto. ¿A qué llamamos en la actualidad Mesopotamia? Se trata de un concepto griego acuñado por los historiadores de la época de Alejandro Magno, que significa ‘el país entre ríos’ según su sentido etimológico. Por tanto, Mesopotamia es, en sentido estricto, la región del Próximo Oriente antiguo limitada por el recorrido de los ríos Tigris y Éufrates, que se corresponde en la actualidad con Irak y una parte de Siria.

Los antiguos habitantes de esta región nunca la denominaron así. En otras palabras, los mesopotámicos nunca existieron como tales, pues en el país de los dos ríos nunca nadie se identificó como mesopotámico. Pero los antiguos habitantes de esta región del Próximo Oriente no tenían un término preciso para referirse al territorio en el que vivían, a pesar de que éste les proporcionaba una marcada identidad. Tenemos buena prueba de ello en el empleo de dos vocablos que significan simplemente ‘país’, *kalam* (en lengua sumeria) y *mātu* (en lengua acadia), para referirse al espacio

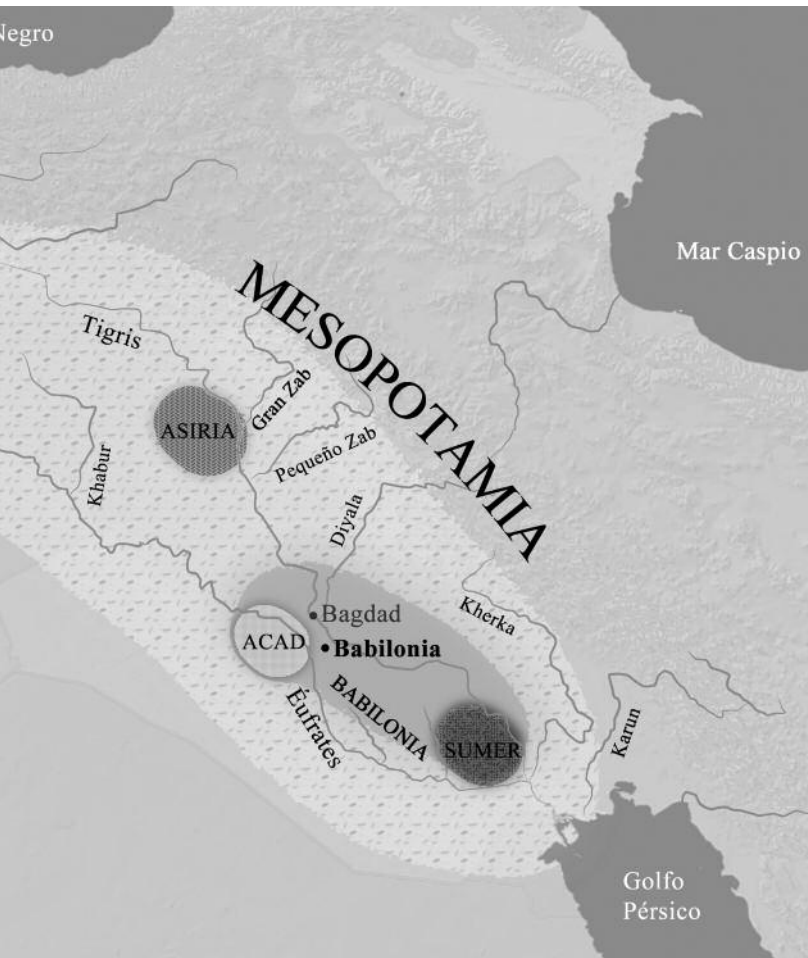


geográfico delimitado por las cuencas de los dos ríos gemelos.

Mesopotamia, que posiblemente sea una traducción griega de la expresión aramea *abr nahrain* ('entre ríos'), es un término geográfico y cultural que permanece en uso entre los modernos historiadores por dos razones: por un lado, el peso de la tradición historiográfica y, por otro lado, la falta de un nuevo concepto que defina mejor a las culturas que, entre el IV y el I milenio a. C., se desarrollaron a orillas del Tigris y el Éufrates. En cualquier caso, hay que tener bien presente un hecho: la antigua Mesopotamia es consecuencia de los diferentes grupos humanos que convivieron y se sucedieron en un mismo escenario geográfico durante varios milenios y, por tanto, se trata de un concepto que encierra una realidad cultural compleja y diversa. Sumerios, acadios, asirios y babilonios, entre otros, dieron forma a su historia, a diferencia del Egipto faraónico, un mundo más monolítico, hermético y encerrado en sí mismo.

Mesopotamia engloba en realidad dos dominios geográficos diferentes y complementarios a la vez, a saber: al norte, la Yezira o Alta Mesopotamia, y al sur, la llanura mesopotámica propiamente dicha o Baja Mesopotamia. En la primera, las lluvias son suficientes para permitir el cultivo de cereal y es aquí donde nació la agricultura y la ganadería. En la segunda, tierra de limos aluviales y de agua, tuvo lugar la aparición de la primera civilización urbana, basada en la agricultura de regadío y en el uso de la arcilla y del adobe. Se trata de una región compleja, donde han tenido lugar importantes transformaciones del medio físico en los últimos diez milenios: movimientos tectónicos, cambios climáticos y variaciones del nivel marino. Las principales ciudades sumerias fueron fundadas cerca de un mar hoy retirado.





Geografía de Mesopotamia: actual Irak y parte de Siria, donde destacaron entre el IV y el I milenio a. C. civilizaciones tan importantes como Súmer, Acad, Asiria y Babilonia





El Éufrates a su paso por la garganta de Halabiya, en Siria. Este río fue una gran vía fluvial que determinó en gran medida el discurrir político y económico de Mesopotamia

La Alta y la Baja Mesopotamia estaban conectadas por las cuencas del Tigris y del Éufrates. Ambos ríos descienden con diferente dirección de las montañas de lo que hoy es el este de Turquía, donde nacen a escasa distancia uno de otro. Estas montañas periféricas reciben precipitaciones de régimen mediterráneo en invierno, en forma de nieve según la altitud, y en primavera. Los ríos conocen aguas altas al fundirse las nieves con la llegada de la primavera.

El Éufrates, llamado Buranun en sumerio y Purattu en acadio, es un río que mide más de 2.800 kilómetros entre su nacimiento en los montes Tauro y su desembocadura en el golfo Pérsico.

Por convención se habla de Alto Éufrates, si se trata del río a su paso por suelo turco, de Medio Éufrates si de su recorrido por Siria, y de Bajo Éufrates cuando atraviesa Irak. A lo largo de este recorrido recibe los aportes de dos afluentes en su ribera izquierda, los ríos Balih y Habur, que nacen igualmente en Turquía. Por su parte, el Tigris, denominado Idiglat en sumerio y acadio, tiene una longitud de 1.950 kilómetros, y su curso comprende tres partes bien individualizadas, esto es: el Alto Tigris, en el actual Kurdistán turco; el Tigris Medio, a su paso por la antigua Asiria; y el Bajo Tigris, a partir de la ciudad de Bagdad. A diferencia de su hermano gemelo, el Tigris recibe los aportes de varios afluentes importantes por la ribera izquierda, a saber: el Gran Zab, el Pequeño Zab, el Adhem, el Diyala y el Herka. Todos proceden de la cadena montañosa de los Zagros. Ambos cursos fluviales unen sus aguas en la actualidad en Shatt-al-Arab, un delta pantanoso que alberga uno de los mayores palmerales del mundo.

La cuenca mesopotámica que se acaba de describir más arriba no deja de ser el fruto de una visión



El río Tigris, en la zona de Turquía. El hermano menor del Éufrates fue clave en el desarrollo del Imperio de Asiria entre el II y I milenio a. C. Las grandes capitales asirias (Asur, Nínive, Calah y Dur-Sharrukin) se fundaron en sus orillas

restrictiva de una realidad histórica mucho más compleja. Se hace necesario, por tanto, comprender esta cuenca aluvial en el marco de un contexto geográfico más extenso. No podemos olvidar de forma intencionada aquellas regiones limítrofes que han participado desde el punto de vista económico, político o militar en el discurrir histórico de Mesopotamia. Estos son los casos, por citar algunos, de Elam, en Irán; del reino hitita, en Anatolia; de Urartu, en Armenia; o de Ebla y Ugarit, en Siria. Es decir, la «verdadera Mesopotamia» era aquella situada entre las orillas del Mediterráneo oriental o Mar Superior y los Zagros, y entre los montes Tauro y la península de Arabia. A esta geografía conectada con Mesopotamia se debe añadir

también el litoral del golfo Pérsico, bañado por el llamado Mar Inferior, donde las rutas marítimas llegaban hasta Dilmun, en Bahréin, Magan, en Omán, e incluso hasta el valle del Indo. En definitiva, el dominio mesopotámico, o sirio-mesopotámico como prefieren denominarlo algunos, conforma un conjunto coherente situado en el punto de unión de los continentes africano, asiático y europeo, y en contacto con dos mares: el Mediterráneo y, a través del golfo Pérsico, el océano Índico.

Las antiguas civilizaciones mesopotámicas desarrollaron diversas técnicas para controlar las aguas de sus dos grandes ríos, ya que la prosperidad de sus ciudades dependía directamente de ello. El dominio del agua nació de la perentoria necesidad de irrigar para hacer productivos los campos y convertir la agricultura en la base de su economía, ante la carencia de importantes recursos naturales. La construcción de toda una red de canales permitió la creación de verdaderos ríos artificiales, que alimentaban tanto las tierras agrícolas como los centros urbanos. El Tigris y el Éufrates, aunque navegables en la mayor parte de su recorrido, tenían en su curso numerosos meandros que alargaban y dificultaban el remonte de los barcos tirados con cuerdas desde las orillas, en un país donde el uso de la vela fue muy limitado. De esta forma, los canales, que nacieron para conducir el agua necesaria para la agricultura, transformaron la cuenca mesopotámica en una compleja red de transporte fluvial. Un buen ejemplo es el caso de Mari, una ciudad ubicada en el Medio Éufrates sirio, que a comienzos del III milenio a. C. fue capaz de excavar un canal de navegación de ciento veinte kilómetros de longitud para asegurarse una comunicación directa y regular con el río Habur y, en particular, con los recursos mineros de Anatolia. Los



artesanos del metal de Mari dependían de esta red fluvial de suministro.

Por estas vías acuáticas van a circular todo tipo de productos agrícolas y mercancías, pero sobre todo aquellas materias primas de las que carecían las ciudades de Mesopotamia, a saber: metales, piedras, madera, etc. De la importancia que alcanzó en Babilonia el tráfico fluvial se hace eco el Código del rey Hammurabi (1792-1750 a. C.) en varias de sus leyes, como por ejemplo la 237: «Si un hombre contrata un barquero y un barco, y lo carga de cebada, lana, aceite, dátiles o el cargamento que sea, y ese marinero es descuidado y hunde el barco o deja que se pierda todo su contenido, el barquero restituirá el barco que ha hundido y todo el contenido que ha dejado que se pierda».

El barco más corriente en Mesopotamia era aquel capaz de transportar una carga de 6 toneladas, aunque los hubo de mayor calado, que podían llegar hasta las 90 toneladas. Un modelo de barco de cerámica procedente de Eridu, importante ciudad de la Baja Mesopotamia, que data de finales del V milenio a. C., es la prueba más antigua conocida de transporte acuático en la región. Varias representaciones de embarcaciones navegando se conservan entre los relieves que decoraban los palacios asirios del I milenio antes de Cristo.

## UNA CIVILIZACIÓN IMPRESA SOBRE ARCILLA

Uno de los más importantes y revolucionarios inventos de la historia es sin duda el de la escritura, que fue el resultado de un largo proceso cuyos orígenes se remontan al Neolítico. En este período, los hombres utilizaban un sencillo sistema de contabilidad basado en el uso de pequeñas fichas de arcilla de formas diver-

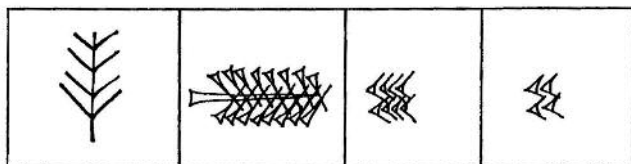
sas, en el que cada una de ellas se correspondía con un tipo de producto. En el IV milenio a. C. las formas de estas fichas son ya más complejas y variadas, y es frecuente que aparezcan reunidas dentro de una bola de arcilla, en cuya superficie encontramos marcas o sellos impresos que hacen referencia a una operación de contabilidad. Es posible que la escritura naciera de una simplificación de este sistema contable. La bola de arcilla habría sido sustituida por la tablilla sobre la que se empezaron a dibujar aquellas primitivas fichas. Esta hipótesis se basa en el hecho de que la forma de los signos de escritura más antiguos deriva directamente de la que tenían las fichas de contabilidad. Estos primeros signos escritos son realmente dibujos y, por esta razón, se les denomina pictogramas ('signos-imagen'). La mayor parte de estos primeros signos representaban una realidad fácilmente reconocible (un pez, una espiga, un pájaro, etc).

La discusión entre egiptólogos y asiriólogos sobre la mayor o menor antigüedad de la escritura en el valle del Nilo o en el valle del Éufrates es un debate tan viejo como estéril. Tradicionalmente se sitúa hacia 3300-3200 a. C. la aparición, de manera casi simultánea pero independiente, de la escritura jeroglífica en Egipto y de la pictográfica en Mesopotamia. El templo más importante de la ciudad de Uruk, en el sur de la llanura mesopotámica, es el que ha proporcionado las tablillas más antiguas basadas en un sistema de escritura pictográfico. Se trata en su mayoría de textos contables, en los que se registran los productos, las cantidades, los movimientos (entradas y salidas) y los nombres de las personas que participaron en esa actividad económica. La identificación de la lengua transcrita en los pictogramas mesopotámicos, conocida también como proto-cuneiforme, sigue siendo origen



Tablilla de arcilla con signos pictográficos procedente de Uruk, en el sur de Irak, y fechada hacia el 3000 a. C. Se trata de un texto de contabilidad

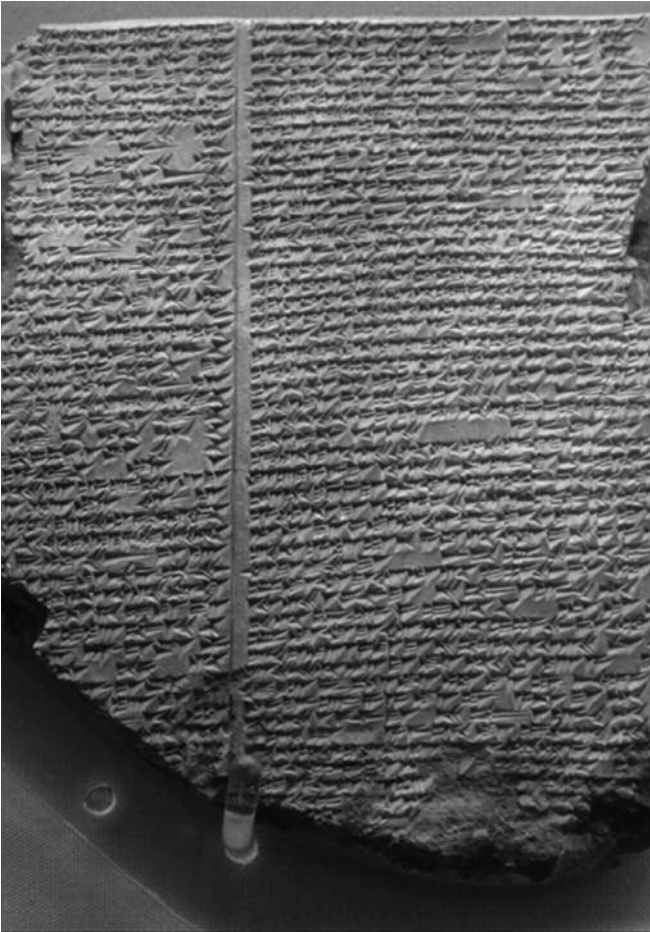
de debate entre los filólogos. A pesar de que los primeros textos proceden del antiguo territorio del país de Súmer, no hay ninguna seguridad de que se trate de la lengua sumeria, por lo que algunos investigadores prefieren hablar de otra lengua a la que llaman proto-eufrática. Por el contrario, otros especialistas consideran que detrás de esta primera escritura está el sumerio. Esta opinión es la que en el momento actual de la investigación cuenta con el mayor consenso.



Evolución del signo mesopotámico para 'cereal' desde el de tipo pictográfico (3200 a. C.) al cuneiforme de época Neobabilónica (600 a. C.).

En el extremo final del IV milenio a. C., durante el llamado período de Uruk III, los signos pictográficos se alejan de los dibujos iniciales para adoptar una forma más esquemática. Algunos siglos más tarde, hacia 2600 a. C., las tablillas descubiertas en la ciudad de Shuruppak, no muy lejos de Uruk, muestran un tipo de signo que ya no ha sido trazado como un dibujo, sino que ha sido impreso a base de pequeños trazos rectilíneos con aspecto de cuña. Este cambio en el sistema gráfico es debido al uso del cálamo, un nuevo instrumento de caña cortado en bisel en uno de sus extremos. Nació así la denominada escritura cuneiforme, a la que los sumerios llamaron *santak* ('triángulo'). Este sistema de escritura va a estar en uso durante casi tres milenios. El último documento en escritura cuneiforme se fecha en el año 75 después de Cristo.

El sistema de escritura cuneiforme ha servido para expresar diferentes lenguas en una amplia área geográfica, que abarca la mayor parte del Oriente Próximo antiguo. Los sumerios lo utilizaron para su lengua, que no está emparentada con ninguna familia lingüística conocida. Posteriormente, sirvió para el acadio, la lengua semítica más antigua de que tenemos noticia. Debido a sus dos mil quinientos años de historia, las variaciones lingüísticas del acadio son notorias.



Texto cuneiforme correspondiente a la *Epopeya de Gilgamesh*, el gran hombre que no quería morir. El texto, que está escrito en lengua acadia, fue encontrado en la biblioteca del rey asirio Asurbanipal (668-630 a. C.), en Nínive.

Las dos variaciones más evidentes están representadas por los dialectos del norte y del sur de Mesopotamia, es decir, el asirio y el babilonio respectivamente. El acadio se convirtió a mediados del II milenio a. C. en la lengua diplomática entre los distintos reinos de Oriente y Egipto. Cartas en lengua acadia han aparecido, por ejemplo, en los archivos de la ciudad egipcia de el-Amarna, que el faraón Ahenatón (1353-1335 a. C.) fundó junto al río Nilo. Los pueblos vecinos también utilizaron —y adaptaron— la escritura cuneiforme mesopotámica para sus lenguas. Este es el caso de la lengua indoeuropea de los hititas, en Anatolia, o del elamita y del antiguo persa, en Irán.

Los signos cuneiformes fueron adaptados a diferentes sistemas. Para la lengua sumeria la mayor parte de los signos tienen un valor ideográfico y representan una noción concreta o abstracta (signos-idea). En esencia cada ideograma representa una palabra. Esta escritura de ideas o palabras se revelará pronto como insuficiente para expresar la complejidad socio-cultural de Mesopotamia. La solución fue la elaboración de una escritura de sonidos o fonogramas, basada en el sistema de signos ya existente. Es decir, los signos cuneiformes siguieron siendo los mismos que antes, pero estos ya no se utilizaron por lo que representaban sino sólo por su sonido. Por ejemplo, el signo *ka*, ‘boca’ en sumerio, dejaba de significar tal cosa y sólo interesaba por su sonido o valor fonético (excepto cuando se usaba como logograma). Este cambio se hizo visible en la lengua acadia, donde cada signo correspondía a una sílaba (o silabograma), y la combinación de estas sílabas permitía escribir la totalidad de las palabras. Veamos un ejemplo: el signo *An* representaba el cielo, una estrella o un dios, pero al margen de este significado el mismo signo podía también ser usado como

sílaba para formar parte de otra palabra. Un caso es el del sustantivo *antallum*, ‘eclipse’ en acadio, donde *an* no es más que un silabograma.

Finalmente, a partir del siglo XIV a. C. apareció, en la costa mediterránea oriental, el alfabeto cuneiforme. Uno de los más antiguos es el encontrado en la ciudad de Ugarit, cerca de la costa de Siria, que está formado por treinta letras (todas consonantes) frente a los aproximadamente doscientos signos silábicos de la lengua acadia.

La epopeya conocida como *Enmerkar y el señor de Aratta* atribuye a este rey semilegendario sumerio, Enmerkar, la genial invención de trazar unos signos sobre arcilla para comunicarse con el señor de Aratta, en Irán, ante el temor de que el mensajero no fuera capaz de reproducir fielmente su mensaje. La arcilla se convertirá, de hecho, en el soporte más común de la escritura cuneiforme mesopotámica hasta el final de sus días. Los valles del Tigris y del Éufrates suministraban el barro necesario tanto para la escritura como para la arquitectura, de ahí que los modernos historiadores se refieran a los imperios mesopotámicos como los «imperios de la arcilla». La Babilonia del I milenio a. C. es el mejor ejemplo de ello: una espectacular metrópoli construida sólo con ladrillo y adobe, que ha legado a la posteridad miles de textos de arcilla donde se recoge la enorme herencia científico-cultural de Mesopotamia.

La larga aventura de los mesopotámicos llegará a su fin con la conquista por los persas en el 539 a. C. y, posteriormente, en el 331 a. C., con la ocupación de la región por parte de las tropas de Alejandro Magno. Pero el recuerdo y la reputación de Mesopotamia seguían vivos. Prueba de ello, es el hecho de que el gran conquistador macedonio, consciente del prestigio

de una ciudad como Babilonia, proyectó convertir a la metrópoli mesopotámica en la capital de su vasto imperio.

Desde hace más de un siglo y medio, arqueólogos y asiriólogos trabajan para reconstruir la historia de la antigua Mesopotamia. La Biblia y los autores grecorromanos fueron los transmisores en Occidente de un cierto recuerdo de lo mesopotámico que, sin embargo, fue suficiente para ayudar a los estudiosos europeos de los siglos XIX y XX a redescubrir, en las tierras del Tigris y del Éufrates, los remotos orígenes de su propia civilización.